

SAN BASILIO



MAGNO



LA DIVINA LITURGIA DE SAN BASILIO MAGNO

Diácono: ¡Bendice, Señor!

El sacerdote eleva el santo Evangelio con ambas manos, y con él hace la señal de la cruz sobre el Antimensio, exclamando con fuerza:

Sacerdote: Bendito sea el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El sacerdote coloca el Evangelio sobre el Antimensio, mientras el diácono, de pie frente a las Puertas Santas, entona la Letanía de la Paz:

Letanía de la Paz

Diácono: En paz, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por la paz que de lo alto viene, y por la salvación de nuestras almas, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por la paz del mundo entero, por la estabilidad de las santas iglesias de Dios y por la unión de todos, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por esta santa morada y por todos los que en ella entran con fe, devoción y temor de Dios, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por nuestro padre y Metropolitano (.....), por el honorable presbiterado y el diaconado en Cristo; por todo el clero y el pueblo, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por el Presidente de la República, por toda autoridad civil y por las fuerzas armadas, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por esta ciudad (*pueblo, monasterio*), por toda ciudad y país, y por los fieles que en ellos habitan, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por la templanza de los aires, la abundancia de los frutos de la tierra y por climas benévolos, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por los que viajan por tierra, mar o aire; por los enfermos, los afligidos y los cautivos; y por su salvación, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Para que seamos liberados de toda aflicción, ira, peligro y necesidad, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Oración de la Primera Antífona):

Sacerdote: Señor, Dios nuestro, cuyo poder es irrepresentable, cuya gloria es incomprendible, cuya misericordia es

inconmensurable y cuyo amor a la humanidad es inefable: vuelve la mirada, oh Soberano, según tu entrañable ternura, a nosotros y a esta santa morada, y derrama en abundancia sobre nosotros y cuantos junto con nosotros hacen oración, tus gracias y tu piedad...

(Exclamación): Porque a Ti se debe toda gloria, honor y adoración: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El diácono se para frente al icono de la Madre de Dios.

Primera Antífona

Pueblo: Por las intercesiones de la Madre de Dios, oh Salvador, sálvanos. *(3 veces)*

Cuando el coro termina de cantar la Primera Antífona, el diácono se coloca de nuevo ante las Puertas Santas y entona la Letanía Menor:

Letanía Menor

Diácono: Más y más, en paz, roguemos al Señor.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Oración de la Segunda Antífona):

Sacerdote: Señor, Dios nuestro, salva a tu pueblo y bendice tu heredad; protege la plenitud de tu Iglesia; santifica a los que

aman la belleza de tu morada; glorifícalos a cambio con tu divino poder y no abandones a quienes ponemos en Ti nuestra esperanza.

(Exclamación): Porque tuyo es el poder, y tuyos son el Reino, la fuerza y la gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El diácono se para frente al icono del Señor.

Segunda Antífona

Pueblo: Sálvanos, oh Hijo de Dios, que resucitaste de entre los muertos, a los que te cantamos: ¡Aleluya! *(3 veces)*

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

¡Oh Verbo de Dios!, Hijo Unigénito, que eres inmortal; para nuestra salvación, te dignaste encarnar de la santa Madre de

Dios y siempre Virgen María, haciéndote hombre inmutablemente y, habiendo sido crucificado, oh Cristo Dios, pisaste la muerte con la muerte, siendo uno de la Santa Trinidad, glorificado con el Padre y el Espíritu Santo: ¡Sálvanos!

Cuando el coro termina de cantar la Segunda Antífona, el diácono se coloca de nuevo ante las Puertas Santas y entona la Letanía Menor:

Letanía Menor

Diácono: Más y más, en paz, roguemos al Señor.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos, los

unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Oración de la Tercera Antífona):

Sacerdote: Tú que nos concediste la gracia de elevar estas oraciones en común y al unísono, y que prometiste conceder las peticiones a dos o tres concordes en tu nombre: Tú mismo, ahora, cumple las peticiones de tus siervos según lo conveniente otorgándonos, en el presente siglo, el conocimiento de tu verdad y, en el venidero, la Vida eterna.

(Exclamación): Porque eres un Dios bueno y amante de la humanidad, y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El diácono entra al Santuario por la Puerta Sur, y el coro canta la Tercera Antífona.

Entrada Menor

Cuando el coro empieza a cantar el Tropario en la Tercera Antífona, el sacerdote y el diácono hacen tres reverencias ante el santo Altar; luego, el sacerdote lleva el Evangelio, lo besa y lo entrega al diácono, el cual besa la mano derecha del sacerdote y eleva el Evangelio arriba de su frente. El sacerdote y el diácono caminan por atrás del santo Altar y salen por la Puerta Norte; un acólito va delante de ellos, portando una vela, hasta llegar frente a las Puerta Santas. El diácono se dirige al sacerdote con una suave reverencia y dice en voz baja:

Diácono: Roguemos al Señor.

(Oración de la Entrada):

Sacerdote: Oh Soberano Señor y Dios nuestro, que has establecido en los cielos legiones y ejércitos de ángeles y arcángeles al servicio de tu gloria: haz que con nuestra entrada se realice la entrada de los santo Ángeles que concelebran y glorifican juntamente con nosotros tu bondad, porque a Ti se debe toda gloria, honor y adoración: oh Padre, Hijo, y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono señala con el Orario hacia las Puertas Santas, diciendo:

Diácono: Bendice, reverendo padre, la santa Entrada.

El sacerdote bendice con su derecha, diciendo:

Sacerdote: Bendita sea la entrada de tus santos perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono acerca el Evangelio al sacerdote para que lo bese, mientras él besa la mano derecha del sacerdote. Cuando el coro termina la Antífona, el diácono levanta el Evangelio con ambas manos haciendo con él la señal de la cruz y proclama en voz alta:

Diácono: ¡Sabiduría! ¡Levantémonos!

El Canto de la Entrada

El diácono y el sacerdote entran al Santuario por las Puertas Santas; el diácono coloca el Evangelio sobre el santo Altar, mientras el coro entona el Himno de la Entrada:

Pueblo: ¡Venid, adoremos y postrémonos delante de Cristo! Sálvanos, oh Hijo de Dios, que resucitaste de entre los muertos, a los que te cantamos: ¡Aleluya!

Después de la Entrada, el coro canta los Troparios y el Condaquio propios.

El Trisagio

Diácono: Roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

(Oración del Himno Trisagio):

Sacerdote: Oh Dios Santo, que descansas en los santos y eres alabado por los serafines con el Himno Trisagio, glorificado por los querubines y adorado por toda potestad celestial, Tú que de la nada trajiste todo a la existencia, que creaste al hombre a tu imagen y semejanza, y lo adornaste con todos tus dones; Tú que das al suplicante sabiduría y prudencia, y no desprecias al pecador, sino que instituiste el arrepentimiento para su salvación; Tú que nos hiciste dignos, a nosotros tus humildes e indignos siervos, de estar ahora ante la gloria de tu santo Altar y de ofrecerte la adoración y la alabanza que te son debidas: Tú mismo, Soberano, recibe, aun de la boca de nosotros, pecadores, el Himno Trisagio, y

visítanos en tu bondad; perdona todas nuestras transgresiones, voluntarias e involuntarias; santifica nuestras almas y cuerpos, y concede que te adoremos en santidad todos los días de nuestra vida; por la intercesión de la santísima Madre de Dios y de todos los santos que desde siempre te han complacido.

(Exclamación): Porque eres Santo, oh Dios nuestro, y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre,

Diácono: y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Pueblo: Santo Dios, Santo Poderoso, Santo Inmortal: ten piedad de nosotros. *(3 veces)*

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Santo Inmortal: ten piedad de nosotros.

Diácono: Δύναμις (Con fuerza).

Santo Dios, Santo Poderoso, Santo Inmortal: ten piedad de nosotros.

Mientras el coro está cantando esta parte por última vez, el diácono se dirige al sacerdote y dice:

Diácono: Ordena, oh reverendo padre.

Sacerdote: Bendito es el que viene en el Nombre del Señor.

Diácono: Bendice, oh reverendo padre, la excelsa Cátedra.

Sacerdote: Bendito eres en el Trono de gloria de tu Reino, Tú que estás sentado sobre los querubines, perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Las Lecturas Bíblicas

Cuando el coro termina de cantar el Himno Trisagio, el diácono, desde las Puertas Santas, se dirige hacia el pueblo y dice:

Diácono: ¡Estemos atentos!

Lector: (Lee el Proquímene correspondiente.)

Diácono: ¡Sabiduría!

Lector: (Anuncia la Epístola.)

Diácono: ¡Estemos atentos!

Lector: (Entona la Epístola.)

Mientras el lector está entonando la Epístola, el sacerdote lee la siguiente oración:

Diácono: Roguemos al Señor. Señor, ten piedad.

Sacerdote: Oh Soberano que amas a la humanidad, haz brillar en nuestros corazones la luz pura de tu divino conocimiento, y abre los ojos de nuestro entendimiento a la comprensión de tus predicaciones evangélicas; inculca en nosotros el temor de tus bienaventurados mandamientos a fin de que, habiendo pisoteado todos los deseos carnales, vayamos en busca de un modo de vida espiritual, pensando y obrando cuanto es de tu agrado. Porque Tú eres la iluminación de nuestras almas y cuerpos, oh Cristo Dios, y a Ti rendimos gloria junto con tu Padre que es sin principio y tu Santísimo Espíritu bueno y vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono, inclinando la cabeza ante el sacerdote y tomando el Evangelio, dice:

Diácono: Bendice, reverendo padre, al que proclama el Evangelio según el glorioso y santo apóstol y evangelista (.....).

Sacerdote: Que Dios, por las intercesiones del glorioso y santo apóstol y evangelista (.....), te conceda palabra de gran vigor, para cumplimiento del Evangelio de su amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Diácono: Amén. Amén. Amén. Hágase en mí según tu palabra.

El sacerdote besa el Evangelio, mientras el diácono le besa la mano. El diácono sale por la Puerta Norte y se dirige hacia el Ambón —precedido por un acólito con vela—, donde leerá el Evangelio. Cuando el lector termina de leer la Epístola, el sacerdote lo bendice diciendo:

Sacerdote: La paz sea contigo, Lector.

El coro canta «Aleluya», antes de la lectura evangélica:

Pueblo: ¡Aleluya, aleluya, aleluya!

El segundo diácono —y si no lo hay, el sacerdote— anuncia:

Diácono: ¡Sabiduría! ¡Levantémonos!
¡Escuchemos el Santo Evangelio!

Sacerdote: La paz sea con vosotros.

Pueblo: Y con tu espíritu.

Diácono: Lectura del santo Evangelio según San (.....).

Pueblo: ¡Gloria a Ti, oh Señor, gloria a Ti!

Diácono: ¡Estemos atentos!

Cuando el diácono está entonando el Evangelio, el sacerdote se para en las Puertas Santas, de cara al pueblo. Terminando el Evangelio, el coro canta:

Pueblo: ¡Gloria a Ti, oh Señor, gloria a Ti!

El diácono entrega el Evangelio al sacerdote, que lo bendice diciendo: «¡La paz sea contigo, evangelizador!»; el sacerdote besa el Evangelio y, haciendo con él la señal de la cruz, bendice al pueblo; luego, lo coloca sobre el santo Altar. Y desde las Puertas Santas, da la homilía.

Después de la homilía, el diácono sale por la Puerta Sur y, frente a las Puertas Santas, entona la Letanía.

Diácono: Más y más, en paz, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

El sacerdote desdobra el Antimensio, en señal de terminar la parte de los Catecúmenos e iniciar la de los Fieles.

Diácono: ¡Sabiduría!

Sacerdote: Oh Dios, que has visitado en tu misericordia y ternura nuestra miseria; que nos has colocado a nosotros, humildes, pecadores e indignos siervos tuyos, ante tu santa Gloria, para que sirvamos a tu santo Altar: fortalécenos con el poder de tu Santo Espíritu para este ministerio, y concédenos palabras, cuando abrimos la boca, para invocar la Gracia de tu Espíritu Santo sobre los Dones que ahora te serán ofrecidos.

(Exclamación): Para que, guardados siempre bajo tu poder, te rindamos gloria a Ti:

Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Entrada Mayor

Coro: Nosotros que místicamente representamos a los Querubines, y que cantamos el Himno Trisagio a la Trinidad vivificadora: apartémonos de todo interés mundano, para que recibamos al Rey de todos...

Mientras el coro está cantando el Himno de la Entrada, el sacerdote, inclinándose, dice la siguiente oración:

Sacerdote: Ninguno de los que se hallan atados por los deseos y placeres carnales es digno de llegar o de acercarse a Ti, ni de servirte, oh Rey de la gloria; pues el servirte es cosa grande y terrible aun para las potestades celestiales. No obstante, por tu inefable e infinito amor a la humanidad, te hiciste hombre sin cambio ni alteración, te erigiste Sumo Sacerdote nuestro y nos

concediste a nosotros el ministerio de este litúrgico e incruento Sacrificio, como Soberano de todo; puesto que sólo Tú, Señor Dios nuestro, dominas sobre todas las cosas celestiales y terrenales; Tú que estás sentado sobre el trono de los Querubines; que eres el Señor de los Serafines y el Rey de Israel, el único Santo que descansas en los santos. A Ti, pues, dirijo mi súplica, oh único bueno y pronto para escuchar: mírame a mí, tu pecador e inútil siervo, y limpia mi alma y mi corazón de todo pensamiento maligno; y hazme capaz, por el poder de tu Santo Espíritu, ya que me hallo revestido de la gracia del sacerdocio, de estar ante esta tu santa Mesa, y administrar tu santo e inmaculado Cuerpo y tu preciosa Sangre; pues a Ti me aproximo inclinando la cerviz, y te suplico: no apartes de mí tu Rostro ni me rechaces de entre tus hijos, sino dignate aceptar de mí, tu siervo pecador e indigno, estos Dones; porque Tú mismo eres el que ofrece y es ofrecido, el que recibe y es distribuido, Cristo Dios nuestro, y a Ti

rendimos gloria junto con tu Padre que es sin principio y tu Santísimo Espíritu bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Luego el sacerdote, ante el santo Altar, dice el Querubicón, y el diácono lo concluye: ¹

Sacerdote: Nosotros que místicamente representamos a los Querubines, y que cantamos el Himno Trisagio a la Trinidad vivificadora: apartémonos de todo interés mundano...

¹ *El Jueves Santo se dice en vez del Querubicón:*

Sacerdote: Oh Hijo de Dios, admíteme hoy como participante en tu Cena Mística, pues no diré tu misterio a tus enemigos ni te daré un beso de Judas,

Diácono: sino que, como el ladrón, te confesaré: “Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino.”

El Sábado de Gloria se dice en vez del Querubicón:

Sacerdote: Guarde silencio cada carne mortal y esté de pie con temor y temblor, sin preocuparse en nada terrenal; porque el Rey de los reyes, el Señor de los señores, viene para ser sacrificado y entregado como alimento a los fieles, precedido por los coros de los Ángeles: los Principados y Potestades,

Diácono: los Querubines de muchos ojos y los Serafines de seis alas que cubren su rostro, clamando el himno: ¡Aleluya, aleluya, aleluya!

De la misma manera, el coro canta estos dos himnos en vez del Querubicón habitual.

Diácono: ...para que recibamos al Rey de todos, acompañado invisiblemente por legiones angélicas. Aleluya.

El sacerdote bendice el incensario, lo recibe e inciensa el santo Altar por los cuatro costados, la mesa de la oblación, el crucifijo atrás del Altar y los iconos, diciendo el domingo: «Habiendo visto la Resurrección», y el salmo 50 «Ten piedad de mí, oh Dios»; entre semana, dice: «Venid adoremos...», tres veces, y el Salmo 50 hasta el verso «El corazón contrito y humillado, Dios no desprecia.» Luego, desde las Puertas Santas, inciensa el Trono episcopal, los iconos según el orden respectivo, y el pueblo; de nuevo el Trono, y los iconos del Señor y de la Madre de Dios; después, entra al Santuario, donde inciensa el Altar, la mesa de la oblación, y todos los que están en el Santuario; finalmente, entrega el incensario al acólito. El sacerdote y el diácono hacen dos reverencias ante el Altar, besan el Antimensio y hacen la tercera reverencia; luego, se inclinan hacia el pueblo pidiendo perdón. Enseguida, se dirigen hacia la mesa de la oblación donde hacen tres reverencias diciendo en su interior: «Oh Dios purifícame a mí, pecador.» El diácono dice:

Diácono: Levanta, reverendo padre.

El sacerdote levanta el gran Velo que cubre los Dones, y lo pone sobre los hombros del diácono, diciendo:

Sacerdote: Levantad sus manos hacia lo santo y bendecid al Señor.

El sacerdote toma la santa Patena cubierta, la besa y entrega al diácono, el cual también la besa con devoción y la eleva con ambas manos hacia el nivel de su frente; el sacerdote toma el santo Cáliz con ambas manos y lo besa. En caso de que no haya diácono, el sacerdote pone el gran Velo sobre sus hombros, y toma el santo Cáliz con su mano derecha y la santa Patena con la izquierda. Por la Puerta Norte salen las velas, los sexualarios, la cruz, el incensario; luego el diácono y el sacerdote. Empezando la procesión, el diácono exclama con gran voz:

Diácono: De todos vosotros, se acuerde Dios, el Señor, en su Reino perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Sacerdote: De todos vosotros, y de todos los cristianos ortodoxos, se acuerde Dios, el Señor, en su Reino perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Cuando llegan ante las Puertas Santas, el diácono entra al Santuario y se para en el lado derecho del Altar con la

santa Patena en sus manos. El sacerdote eleva el Cáliz y conmemora, primeramente, al obispo (y al abad del monasterio, si es el caso), luego los difuntos y vivos. El pueblo contesta a cada conmemoración con «Amén»:

Sacerdote: De nuestro padre y Metropolitano (.....), se acuerde Dios, el Señor, en su Reino perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Sacerdote: De los fundadores de este santo templo, de nuestros padres y hermanos, y de todos los que duermen en la esperanza de la Resurrección a la vida eterna, se acuerde Dios, el Señor, en su Reino perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El coro concluye el Himno de la Entrada Mayor:

Coro: ... acompañado invisiblemente por legiones angélicas. Aleluya.

El sacerdote entra al Santuario, y el diácono le dice: «De tu sacerdocio, se acuerde Dios, el Señor, en su Reino...»; el sacerdote le contesta: «De tu diaconado, se acuerde Dios, el Señor, en su Reino...». Coloca el Cáliz sobre el santo Altar; recibe del diácono la Patena y la coloca al lado izquierdo del Cáliz; quita los velos del Cáliz y de la Patena, los dobla y los pone en la esquina superior izquierda del Antimensio; recibe el gran Velo (colocado anteriormente sobre los hombros del diácono), lo inciensa y cubre los Dones con él; luego, toma el incensario, y el diácono dice:

Diácono: Favorece, reverendo padre.

El sacerdote inciensa los Dones tres veces, concluyendo con el final del Salmo 50:

Sacerdote: Favorece a Sión, con tu benevolencia; reconstruye los muros de Jerusalén. Entonces te agradecerán los sacrificios de justicia –holocausto y oblación entera–, entonces se ofrecerán becerros sobre tu altar.

El sacerdote devuelve el incensario e, inclinando la cabeza ante el santo Altar, dice al diácono:

Sacerdote: Acuérdate de mí, hermano y concelebrante.

Diácono: De tu sacerdocio, se acuerde Dios, el Señor, en su Reino perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono, inclinando la cabeza y sosteniendo con los tres dedos de su mano derecha el Orario, dice:

Diácono: Ora por mí, reverendo padre.

Sacerdote: Que el Espíritu Santo descienda sobre ti y el poder del Altísimo te cubra con su sombra.

Diácono: Este mismo Espíritu concelebrará con nosotros todos los días de nuestra vida. Acuérdate de mí, reverendo padre.

Sacerdote: De tu diaconado, se acuerde Dios, el Señor, en su Reino perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono toma la bendición del sacerdote y sale por la Puerta Norte; se para ante las Puertas Santas y entona la Letanía de las Ofrendas:

Letanía de las Ofrendas

Diácono: Completemos nuestra oración al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por los preciosos dones ofrecidos, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por esta santa morada, y por todos los que en ella entran con fe, devoción y temor de Dios, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Para que seamos liberados de toda aflicción, ira, peligro y necesidad, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Que este día entero sea perfecto, santo, pacífico y sin pecado, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Un ángel de paz, fiel guía y custodio de nuestras almas y cuerpos, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: El perdón y remisión de nuestros pecados y ofensas, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Cuanto es bueno y útil para nuestras almas, y la paz para el mundo, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Que el tiempo restante de nuestra vida se concluya en paz y penitencia, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Un cristiano fin de nuestra vida, exento de dolor y vergüenza, pacífico, y una buena defensa ante el temible tribunal de Cristo, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

Sacerdote: Oh Señor Dios nuestro, que nos has creado y nos has introducido en esta vida; que nos has mostrado los caminos de

la Salvación y nos has concedido la Revelación de los Misterios celestiales; Tú, que nos has asignado para este ministerio con la fuerza de tu Santo Espíritu: dignate, Señor, que seamos servidores de tu Nueva Alianza y ministros de tus santos Misterios. Acéptanos, por la abundancia de tu misericordia, a los que nos aproximamos a tu Santo Altar, para que seamos dignos de ofrecerte este Sacrificio incruento y espiritual por nuestros pecados y por las faltas del pueblo, cometidas en ignorancia. Y al haberte dignado recibirlo sobre tu santo, celestial e inmaterial Altar como aroma de fragancia espiritual, envíanos, a cambio, la Gracia de tu Espíritu Santo.

Vuelve la mirada a nosotros, oh Dios, y mira este culto nuestro y acéptalo tal como aceptaste los dones de Abel, los sacrificios de Noé, los holocaustos de Abraham, el sacerdocio de Moisés y de Aarón y la ofrenda de paz de Samuel. Así como recibiste de tus santos Apóstoles este culto verdadero, recibe en tu bondad, oh Señor,

estos Dones, de las manos de nosotros, pecadores. Para que, habiendo sido dignos de servir sin mancha tu Santo Altar, encontremos la recompensa de los administradores fieles y prudentes, en el temible día de tu justa retribución.

(Exclamación): Por las misericordias de tu Hijo Unigénito, con Quien eres bendito junto con tu Santísimo Espíritu, bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El ósculo de la paz

El sacerdote bendice al pueblo:

Sacerdote: La paz sea con vosotros.

Pueblo: Y con tu espíritu.

Diácono: Amémonos los unos a los otros, para que confesemos de unánime acuerdo...

Pueblo: ...al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: Trinidad, consubstancial e indivisible.

Mientras el pueblo está cantando, el sacerdote hace tres reverencias ante el santo Altar y besa los Dones cubiertos con el gran Velo: primero la Patena, luego el Cáliz y, después, el santo Altar, diciendo para sí mismo: «A Ti amaré, Señor, fortaleza mía. El Señor es mi firmeza, mi refugio y mi libertador.»

El Credo

El diácono exclama:

Diácono: ¡Las puertas! ¡Las puertas! ¡Con sabiduría, estemos atentos!

Todos, clero y pueblo, recitan el Credo de fe. Mientras, el sacerdote levanta el Velo y aletea con él sobre los Dones, hasta la frase «y resucitó al tercer día»; entonces, besa el Velo, lo dobla y lo pone sobre los demás velos.

Creo en Un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y de todo lo visible e invisible.

Y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz,

Dios verdadero de Dios verdadero, nacido no creado, consubstancial al Padre, por quien todo fue hecho. Quien por nosotros, los hombres, y para nuestra salvación, bajó de los cielos, se encarnó del Espíritu Santo y de María Virgen, y se hizo Hombre. Fue crucificado también por nosotros, bajo Poncio Pilato; padeció, fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras; subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre, y de nuevo vendrá, con gloria, a juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin.

Y en el Espíritu Santo, Señor y Vivificador, que procede del Padre, y que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado, y que habló por los profetas.

Y en la Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica. Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados.

Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero. Amén.

La Anáfora

Diácono: Comparezcamos bien! ¡Comparezcamos con temor! ¡Estemos atentos!, para ofrecer en paz la Santa Oblación.

Pueblo: La misericordia de la paz; el sacrificio de alabanza.

El diácono entra al Santuario por la Puerta Sur, y se para a la derecha del celebrante.

El sacerdote se dirige hacia el pueblo, bendiciendo y exclamando:

Sacerdote: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.

Pueblo: Y con tu espíritu.

Sacerdote: Elevemos nuestros corazones.

Pueblo: Los tenemos al Señor.

El sacerdote, hacia el Altar, dice:

Sacerdote: Demos gracias al Señor.

Pueblo: Es justo y digno.

El sacerdote inicia la oración de la Anáfora:

Sacerdote: Oh Existente, Soberano, Señor Dios, Padre omnipotente, ante Quien nos prosternamos: en verdad es digno, justo y propio de la magnificencia de tu Santidad alabarte, cantarte, adorarte, darte gracias y glorificarte, oh único y, verdaderamente, existente Dios, y ofrecerte con corazón contrito y espíritu humilde este culto espiritual nuestro. Porque Tú eres Quien nos ha otorgado el conocimiento de tu Verdad. ¿Quien es capaz de proclamar tus hazañas, hacer escuchar tus alabanzas o narrar todos tus milagros en todo tiempo?

Oh Soberano de todos, Señor del cielo y de la tierra y de todo lo creado, visible e invisible; que estás sentado en el trono de gloria y miras los abismos, Sempiterno, Invisible, Inconcebible, Indescriptible, Inmutable, Padre de nuestro Señor, Gran

Dios y Salvador Jesucristo, nuestra Esperanza, Quien es Imagen de tu Bondad, y Sello idéntico que en Sí te muestra a Ti, oh Padre; Quien es el Verbo viviente, Dios verdadero, Sabiduría eterna, Vida, Santificación, Poder, Luz verdadera, por Quien el Espíritu Santo ha sido manifestado, el Espíritu de verdad, Don de filiación, Promesa de herencia venidera, Primicia de los bienes eternos, Fuerza vivificadora, Fuente de santificación, por Quien Fortalecida toda criatura racional y espiritual, te sirve y te rinde constantemente la glorificación, porque todo en la creación te sirve a Ti:

a Ti alaban los Ángeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, las Fuerzas y los Querubines de muchos ojos; a tu alrededor comparecen los Serafines, con seis alas cada uno: con dos se cubren la cara, con dos los pies y con dos vuelan, y exclaman el uno hacia el otro, con voces incansables, alabanzas incesantes...

(Exclamación): ...entonando el Himno de la Victoria, proclamando, exclamando y diciendo:

El diácono levanta de la Patena el Asterisco, haciendo con él la señal de la cruz; lo besa y lo pone sobre los velos, mientras el pueblo canta:

Pueblo: ¡Santo, Santo, Santo, Señor de Sabaóth! El cielo y la tierra están llenos de tu Gloria. ¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

El sacerdote continúa la oración:

Sacerdote: Con estas bienaventuradas potestades, Soberano que amas a la humanidad, también nosotros, pecadores, clamamos y decimos: Santo eres verdaderamente y Todo Santidad, y no existe medida para la magnificencia de tu Santidad; eres justo en todas tus obras, porque en justicia y sentencia sincera es todo lo que has traído sobre nosotros: pues al crear al hombre, tomaste polvo de la tierra, lo honraste con tu imagen, oh Dios, y

lo colocaste en el paraíso del bienestar, prometiéndole vida inmortal y gozo de los bienes eternos si guardaba tus mandamientos. Pero cuando te desobedeció a Ti –el Dios verdadero que lo creaste–, atraído por el engaño de la serpiente, y habiendo fallecido por sus propios pecados, lo expulsaste por tu justa sentencia, oh Dios, del paraíso a este mundo, y lo devolviste a la tierra de la que fue tomado, proveyéndole la Salvación por el nuevo nacimiento en tu mismo Cristo. Pues no rechazaste del todo a la criatura que has formado, oh Bondadoso, ni te olvidaste de la obra de tus manos, sino que la asististe de muchas maneras, por la ternura de tu misericordia. Enviaste a Profetas, obraste milagros por medio de tus Santos que te han complacido en toda generación; nos hablaste por la boca de tus siervos, los Profetas, que predijeron la Salvación venidera; estableciste la Ley, para nuestra ayuda; y pusiste a Ángeles guardianes.

Mas al llegar la plenitud de los tiempos, nos hablaste por medio de tu mismo Hijo, por Quien creaste los siglos. Él, siendo el Resplandor de tu Gloria, Imagen de tu Hipóstasis y Quien sostiene todo con la palabra de su fuerza, no consideró por usurpación el ser igual a Ti, Dios Padre; sino que, siendo Dios eterno, se vio en la tierra y convivió con los hombres; al encarnar de la Virgen, se anonadó a sí mismo, tomando aspecto de siervo y haciéndose semejante al cuerpo de nuestra humildad, para hacernos semejantes a la imagen de su gloria. Porque, como por el hombre el pecado entró al mundo y por el pecado la muerte, tu Hijo unigénito, existente siempre en tu seno, oh Dios Padre, se dignó nacer de una mujer, la Santísima Madre de Dios y Siempre Virgen María, y someterse a la Ley para condenar el pecado en su propia carne; a fin de que los que han muerto en Adán, se vivifiquen en tu mismo Cristo. Y mientras vivía en este mundo, dándonos sus mandamientos

salvíficos y apartándonos del engaño de los ídolos, nos condujo al conocimiento de Ti, verdadero Dios Padre y nos adquirió para Sí como pueblo elegido, sacerdocio real, linaje santo. Y habiéndonos purificado con el agua y santificado por el Espíritu Santo, se entregó a Sí mismo cual rescate de la muerte, en la cual éramos cautivos, vendidos por el pecado. Y habiendo descendido al Hades por medio de la Cruz – para llenarlo todo de Sí–, anuló las penas de la muerte. Y al resucitar al tercer día y abrir para toda carne el camino de la resurrección de entre los muertos –puesto que no era posible que la corrupción se apoderase del Origen de la vida–, vino a ser Primicia de los que han fallecido, Primogénito de entre los muertos, a fin de que lo sea Él todo siendo el Primero en todo. Y al ascender a los cielos, se sentó en las alturas a la diestra de tu Majestad, de donde ha de venir para retribuir a cada uno según sus obras.

Y nos dejó estas memorias de su Pasión salvífica, las que hemos ofrecido conforme a

su mandato. Pues, mientras estaba por partir hacia su muerte voluntaria, gloriosa y vivificadora, en la noche en que se entregó a Sí mismo por la vida del mundo, tomó pan en sus santas y purísimas manos, lo elevó a Ti, Dios Padre, y dando gracias lo bendijo, lo santificó, lo partió y...

(Exclamación): ...dio a sus santos discípulos y apóstoles diciendo: Tomad y comed: éste es mi Cuerpo, que por vosotros es partido para la remisión de los pecados.

Pueblo: Amén.

Sacerdote: Del mismo modo tomó el cáliz con el fruto de la vid, lo mezcló, y dando gracias lo bendijo, lo santificó y...

(Exclamación): ...dio a sus santos discípulos y apóstoles diciendo: Bebed todos de él; ésta es mi Sangre, la de la Nueva Alianza, que por vosotros y por muchos es derramada para la remisión de los pecados.

Pueblo: Amén. Amén.

El sacerdote, inclinando la cabeza, continúa la oración:

Sacerdote: «¡Haced esto en memoria mía; pues cada vez que comáis de este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis mi Muerte y confesáis mi Resurrección!» Así que, recordando nosotros también, oh Soberano, su Pasión salvífica, su vivificadora Cruz, su Sepultura de tres días, su Resurrección de entre los muertos, su Ascensión a los cielos, su Entronización a tu Diestra, oh Dios Padre, y su segunda Venida gloriosa y temible ...

El diácono toma la Patena con su mano derecha y el Cáliz con la izquierda (formando con sus manos la señal de la cruz), y los levanta haciendo la señal de la cruz sobre el Antimensio, mientras el sacerdote exclama:

(Exclamación): ..., lo tuyo de lo tuyo, te ofrecemos por todo y para todo.

Pueblo: Te alabamos, te bendecimos, te damos gracias, oh Señor, y a Ti suplicamos, oh Dios nuestro.

El sacerdote continúa la oración:

Sacerdote: Por todo ello, oh Soberano Todo Santidad, también nosotros, pecadores e indignos siervos tuyos que nos has hecho dignos de servir a tu santísimo Altar, no en atención a algún mérito nuestro –que no hemos hecho nada bueno en la tierra– sino por la misericordia y compasión que abundantemente has derramado sobre nosotros, nos atrevemos a acercarnos a tu santo Altar; y al haberte ofrecido los símbolos del santo Cuerpo y Sangre de tu Cristo, te rogamos y suplicamos, oh Santo de los santos, que por el agrado de tu Bondad, descienda tu Santo Espíritu sobre nosotros y sobre estos dones aquí presentados. Y bendice, santifica y muestra...

Diácono: Bendice, reverendo padre, el santo pan.

El sacerdote bendice el pan, diciendo:

Sacerdote: ...este pan como el mismo precioso Cuerpo de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo...

Diácono: Amén. Bendice, reverendo padre, el santo Cáliz.

El sacerdote bendice el Cáliz, diciendo:

Sacerdote: ...y lo que está en este cáliz, como la misma preciosa Sangre de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo...

Diácono: Amén. Bendice, reverendo padre, ambos dones.

El sacerdote bendice ambos Dones, diciendo:

Sacerdote: ...derramada por la vida del mundo...

Diácono: Amén. Amén. Amén.

El sacerdote se prosterna o se inclina, y dice:

Sacerdote: ...y a nosotros que participamos del mismo Pan y del mismo Cáliz, únenos los unos a los otros en la comunión del mismo Espíritu Santo; y que a ninguno de nosotros le consideres su participación del santo Cuerpo y Sangre de tu Cristo para juicio o condenación, sino para que hallemos misericordia y gracia junto con todos los Santos que desde siempre te han

complacido: los Progenitores, Padres, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Predicadores, Evangelistas, Mártires, Confesores, Maestros y todo espíritu justo que ha dormido en la fe...

El sacerdote recibe el incensario, e inciensa los santos Dones exclamando:

(Exclamación): ...especialmente, con nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María...

Pueblo: Toda la creación se alegra en ti, oh Llena de gracia, el coro de los ángeles y el género humano. ¡Oh templo consagrado, paraíso espiritual y orgullo de la virginidad, de quien Dios encarnó y se hizo niño, el sempiterno Dios nuestro! Pues Él hizo de tu vientre un trono, y más amplias que los cielos tus entrañas. Toda la creación se alegra en ti, oh Llena de gracia: ¡Gloria a ti!

Mientras el coro está cantando «Es justo en verdad...», el sacerdote continúa la conmemoración:

Sacerdote: ...con el santo profeta y precursor Juan el Bautista, los santos gloriosos y alabadísimos Apóstoles, san (.....), cuya memoria celebramos hoy, y con todos tus santos, por cuyas súplicas asístenos, oh Dios.

Y acuérdate de todos cuantos han dormido en la esperanza de resurrección a la vida eterna, (*menciona los nombres de los difuntos que quisiera*) y concédeles el descanso donde resplandece la luz de tu Rostro.

También te rogamos, oh Señor, te acuerdes de tu Iglesia, Santa, Católica y Apostólica, extendida de un extremo al otro del mundo; concédele la paz, ya que la redimiste con la preciosa Sangre de tu Cristo; y reafirma esta santa casa hasta el fin de los siglos.

Acuérdate, Señor, de quienes ofrecieron estos Dones, y de aquellos por quienes y por medio de los que lo hicieron, y de sus peticiones.

Acuérdate, Señor, de quienes en tus santas iglesias fructifican en buenas obras y de los que asisten a los pobres, retribúyelos con tus ricos y celestiales dones y otórgalos lo celestial en vez de lo terrenal, lo eterno en lugar de lo efímero y lo incorruptible por lo corruptible.

Acuérdate, Señor, de los que habitan los desiertos, montañas, grutas y cavernas de la tierra. Acuérdate, Señor, de quienes perseveran en castidad, devoción, ascetismo y en un modo de vivir digno.

Acuérdate, Señor, de nuestros gobernantes, que has consignado rijan la tierra; corónalos con el arma de la verdad, con el arma de la benevolencia, cubre sus cabezas en el día de guerra, concédeles una paz profunda e inamovible; planta en sus corazones lo que es bueno por tu Iglesia y todo tu pueblo, para que también nosotros, en su serenidad, llevemos una vida tranquila y sosegada, en plena devoción y dignidad. Acuérdate, Señor, de todo gobierno y autoridad y del

ejército. A los buenos, consévalos en tu bondad; y a los malos, transfórmalos en buenos, por tu benevolencia.

Acuérdate, oh Señor, del pueblo aquí presente y de los ausentes por motivos justificables, y ten piedad de ellos y de nosotros, por tu gran misericordia. Llena sus graneros de todo bien; conserva sus matrimonios en paz y armonía; educa a los niños; instruye a la juventud; sostén a la vejez; conforta a los pusilánimes; reúne a los errantes. Haz volver a los que se han extraviado y reintégralos a tu Iglesia Santa, Católica y Apostólica. Libra a los agobiados por espíritus inmundos; acompaña a quienes viajan por tierra, mar o aire; asiste a las viudas; defiende a los huérfanos; libera a los cautivos; sana a los enfermos; y acuérdate, oh Dios, de los que están ante los tribunales, en las presiones, minas, exilios y trabajos forzados; de quienes sufren cualquier pena, necesidad o adversidad, y de todos los que imploran por tu gran misericordia; de los que nos aman, de los

que nos odian, de los que se han encomendado a nuestras indignas oraciones. Acuérdate, Señor, de tu pueblo y derrama sobre todos tu abundante misericordia concediéndoles a cada uno lo que pida para su salvación. Y al que no hemos conmemorado, por ignorancia, olvido o debido a la gran cantidad de nombres, conmemóralo Tú, oh Dios que sabes la edad y el nombre, y conoces a cada uno desde en el seno de su madre.

Pues Tú eres, oh Señor, el Auxilio de los desamparados, la Esperanza de los desesperados, el Salvador de los atormentados, el Puerto de los navegantes y el Médico de los enfermos: sé todo para todos, oh Tú que conoces de cada hombre su petición, y de cada hogar su necesidad.

Libra, oh Señor, esta ciudad (*pueblo, monasterio, navío o isla*) y toda ciudad y país de la hambruna, epidemia, sismo, inundación, incendio, espada, invasión de los enemigos y de la guerra civil. (*Y menciona los nombres de los vivos que quisiera.*)

Sacerdote: Acuérdate, Señor, primeramente de nuestro padre y Arzobispo (.....); y consévalo para tus santas iglesias, en paz, sano, salvo, honorable y en larga vida, predicando rectamente la palabra de tu verdad.

Diácono: y de quienes cada uno de nosotros tiene en mente; y de todos y de todas.

Pueblo: Y de todos, y de todas.

El acólito entrega la bandeja del Antídoro al sacerdote, quien la acerca a los santos Dones haciendo con ella la señal de la cruz y diciendo: «Santísima Madre de Dios, ampáranos.» Se la devuelve al acólito y continúa la oración:

Sacerdote: Acuérdate, Señor, de todo el episcopado ortodoxo, que predica rectamente la palabra de tu verdad. Acuérdate también, en la abundancia de tu ternura, de mi indignidad; perdona mis faltas voluntarias e involuntarias; no sea que por causa de mis pecados apartes la Gracia del Espíritu Santo de los Dones aquí

ofrecidos. Acuérdate, oh Señor, del presbiterado y del diaconado en Cristo y de todo orden sacerdotal y monástico, y no dejes ir frustrado a ninguno de los que rodeamos tu santo Altar.

Asístenos en tu clemencia, Señor, y manifiéstate a nosotros en tu abundante compasión; concédenos aires templados y útiles, lluvias benévolas para fertilidad de la tierra; bendice el ciclo del año con tu bondad. Apacigua la discordia entre las Iglesias, calma la rebelión de los paganos y disuelve pronto los levantamientos de las herejías por la fuerza de tu Espíritu Santo. Recíbenos a todos en tu Reino, mostrándonos cual hijos de la luz, hijos del día. Otórganos tu paz y tu amor, Señor Dios nuestro, puesto que nos has dado todo.

(Exclamación): Y concédenos que, con una sola boca y un solo corazón, glorifiquemos y alabemos tu honorabilísimo y magnífico Nombre: oh

Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El sacerdote concluye la oración de la Anáfora, bendiciendo al pueblo y exclamando:

Sacerdote: Que las misericordias de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo sean con todos vosotros.

Pueblo: Y con tu espíritu.

Letanía antes del Padre Nuestro

El diácono sale por la Puerta Norte, se para ante las Puertas Santas y dice la siguiente Letanía:

Diácono: Habiendo conmemorado a todos los Santos, más y más, en paz, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por los preciosos Dones ya ofrecidos y santificados, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Que nuestro Dios amante de la humanidad, que se ha dignado recibirlas sobre su santo, celestial e inmaterial Altar como aroma de fragancia espiritual, envíe sobre nosotros, a cambio, la divina Gracia y el don del Espíritu Santo, pidamos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Para que seamos liberados de toda aflicción, ira, peligro y necesidad, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Habiendo implorado por la unión de la fe y la comunión del Espíritu Santo, encomendémonos a nosotros mismos, los

unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

Sacerdote: Oh Dios nuestro, Dios de salvación: Tú enséñanos cómo darte gracias debidamente por todos los beneficios que nos has hecho y sigues haciendo. Tú, oh Dios nuestro, que has aceptado estos Dones, purifícanos de toda impureza de la carne y del espíritu, y enséñanos a consumir la santidad en tu temor; para que, participando de los Misterios con el testimonio puro de la consciencia, nos unamos con el santo Cuerpo y Sangre de tu Cristo, y habiéndolos recibido dignamente, poseamos a Cristo viviendo en nuestro corazón, y seamos templo de su Espíritu Santo.

Sí, Dios nuestro: que a ninguno de nosotros juzgues como reo ante estos Misterios tuyos, celestiales y temibles, ni enfermo, de alma o cuerpo, por haberlos recibido indignamente; sino que concédenos recibir

con dignidad, hasta nuestro último suspiro, la porción en tus Misterios, como viático para la Vida eterna y para una defensa favorable ante el temible tribunal de tu Cristo. Para que nosotros, junto con todos los Santos que desde siempre te han complacido, seamos partícipes de los bienes eternos que has preparado, oh Señor, para los que te aman.

(Exclamación): Y haznos dignos, oh Soberano, de atrevernos a invocarte como *Padre*, con confianza y sin condenación a Ti, Dios celestial, y decirte:

Todos, clero y pueblo, dicen:

Pueblo: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no

nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.

Mientras, el diácono cruza el Orario sobre el pecho y la espalda.

Sacerdote: Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Sacerdote: La paz sea con vosotros.

Pueblo: Y con tu espíritu.

Diácono: Inclínemos la cabeza ante el Señor.

Pueblo: A Ti, Señor.

El sacerdote, inclinando la cabeza, dice la siguiente oración:

Sacerdote: Oh Señor y Soberano, Padre de misericordias, y Dios de todo consuelo: bendice a los que ante Ti han inclinado la cabeza; santifica, protege, fortifica, confirma y apártalos de toda obra mala, y únelos a

toda buena acción; y hazlos dignos de participar, sin reproche, de estos Misterios tuyos, inmaculados y vivificadores, para la remisión de los pecados y la comunión del Espíritu Santo.

(Exclamación): Por la gracia, la misericordia y el amor a la humanidad de tu Hijo unigénito, con Quien eres bendito, junto con tu Santísimo Espíritu, bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Sacerdote: Señor Jesucristo, Dios nuestro, escúchanos desde tu santa morada y desde el Trono de gloria de tu Reino, y ven a santificarnos, oh Tú, que estás sentado en las alturas con el Padre, y que invisiblemente estás aquí presente con nosotros; dígnate concedernos, por tu poderosa mano, tu inmaculado Cuerpo y tu preciosa Sangre, y por medio nuestro, a todo el pueblo.

El sacerdote y el diácono, en el lugar donde se encuentren, hacen tres reverencias diciendo: «Oh Dios, purifícame a mí, pecador, y ten piedad de mí.»

Diácono: ¡Estemos atentos!

El sacerdote toma el santo Cordero con ambas manos y lo levanta, haciendo con él la señal de la cruz sobre la santa Patena y diciendo:

Sacerdote: ¡Lo Santo, para los santos!

Pueblo: Un solo Santo, un solo Señor:
Jesucristo, en la gloria de Dios Padre.
Amén.

Mientras, el diácono entra al Santuario por la Puerta Sur, se para al lado derecho del sacerdote y dice:

Diácono: Fracciona, reverendo padre, el santo Pan.

El sacerdote fracciona al santo Cordero en cuatro partes con gran reverencia, diciendo:

Sacerdote: Es fraccionado y distribuido el Cordero de Dios: fraccionado y no dividido; siempre es comido y jamás consumido, mas santifica a los que de Él participan.

Y deposita las cuatro porciones en la Patena, ordenándolas en forma de cruz:

ΙΣ *(para ser depositada en el Cáliz)*

ΝΙ **ΚΑ** *(para la comunión del pueblo)*

ΧΣ *(para la comunión del clero)*

El diácono, señalando con su Orario el Cáliz, dice:

Diácono: Llena, reverendo padre, el santo cáliz.

El sacerdote toma la porción sellada con ΙΣ; hace con ella la señal de la cruz sobre el santo Cáliz y deposita la partícula dentro del Cáliz diciendo:

Sacerdote: La plenitud del Espíritu Santo.

Diácono: Amén.

El diácono presenta el agua caliente en el Zeón al sacerdote, diciendo:

Diácono: Bendice, Señor, el agua caliente.

El sacerdote bendice, diciendo:

Sacerdote: Bendito es el fervor de tus Santos Dones perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono vierte el agua caliente en el Cáliz en forma de cruz, diciendo:

Diácono: El fervor del Espíritu Santo. Amén.

El sacerdote y el diácono, inclinándose devotamente la cabeza frente al altar, rezan las oraciones de la comunión:



Oración de preparación para la comunión

Creo, Señor, y confieso que Tú eres en verdad el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido al mundo a salvar a los pecadores, de los que yo soy el primero. También creo que éste es tu mismo

inmaculado Cuerpo y que ésta es tu misma preciosa Sangre. Por tanto, te imploro: ten piedad de mí y perdona mis culpas, voluntarias e involuntarias, las de palabra o de obra, cometidas a sabiendas o en ignorancia; y hazme digno, sin condenación, de participar de tus inmaculados Misterios, para el perdón de mis pecados y para la vida eterna.

Oh Hijo de Dios, admítame hoy como participante de tu Cena mística, pues no diré tu misterio a tus enemigos ni te daré un beso como Judas, sino que, como el ladrón, te confieso: «Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino.»

Que la comunión de tus santos Misterios, oh Señor, no sea para mí motivo de juicio o condenación, sino para curación del alma y del cuerpo.

La Comunión del clero

El sacerdote hace tres reverencias ante el Altar, pide perdón al diácono y al pueblo, y dice ante el Altar:

Sacerdote: He aquí que me acerco a Cristo, nuestro Rey inmortal y nuestro Dios.

Toma con ambas manos una parte de la porción del Cordero sellada con XΣ, diciendo:

Sacerdote: me es concedido a mí (.....), indigno sacerdote, el precioso y santísimo Cuerpo de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo para la remisión de mis pecados y para la vida eterna.

El sacerdote consume la porción del Cordero con devoción, y con sumo cuidado sacude la palma de su mano con la esponja, encima de la Patena. Luego, dice al diácono:

Sacerdote: Acércate, diácono.

El diácono se acerca al sacerdote con las palmas de sus manos cruzadas (la derecha sobre la izquierda), diciendo:

Diácono: He aquí que me acerco; concédeme, Soberano, el precioso y santísimo Cuerpo de nuestro Señor.

El sacerdote coloca la otra parte de la porción del Cordero sellada con XΣ en las manos del diácono diciendo:

Sacerdote: Le es concedido al piadoso diácono (.....), el precioso y santísimo Cuerpo de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, para la remisión de sus pecados y para la vida eterna.

El diácono besa la mano del sacerdote y se dirige hacia atrás del Tabernáculo; y con temor y devoción, consume la porción del Cordero que le fue dada; regresa de nuevo a la esquina norte del Altar y sacude cuidadosamente con la esponja, sobre la Patena, la palma de su mano. El sacerdote, tomando con ambas manos el Cáliz y sosteniendo un borde del Cáliz, dice:

Sacerdote: También me es concedida a mí (.....), indigno sacerdote, la santísima y vivificadora Sangre de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, para la remisión de mis pecados y para la vida eterna.

El sacerdote toma tres sorbos del Cáliz diciendo:

Sacerdote: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Seca sus labios y el borde del Cáliz con el Cálisma diciendo:

Sacerdote: Esto ha tocado mis labios, borrará mis iniquidades y limpiará mis pecados.

Luego dice al diácono:

Sacerdote: Diácono, acércate de nuevo.

El diácono se acerca y hace una reverencia diciendo:

Diácono: De nuevo me acerco; concédeme, Soberano, la santísima y vivificadora Sangre de nuestro Señor.

El diácono toma con una mano el borde del Cálisma y lo coloca debajo de su mentón; y con la otra, le ayuda al sacerdote a inclinar el Cáliz. El sacerdote dice:

Sacerdote: Le es concedida al piadoso diácono (.....) la santísima y vivificadora Sangre de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, para la remisión de sus pecados y para la vida eterna.

El sacerdote seca los labios del diácono y el borde del Cáliz con el Cálisma, y dice:

Sacerdote: Esto ha tocado tus labios, borrará tus iniquidades y limpiará tus pecados.

La Comunión del pueblo

El sacerdote deposita el Cáliz sobre el Antimensio y, con gran devoción, parte en pequeñas partículas las porciones del Cordero selladas con NI y KA (exclusivamente), diciendo: «Habiendo visto la resurrección de Cristo...»; las vierte en el Cáliz, y lo cubre con el Cálisma. El sacerdote toca el Asterisco sobre la santa Patena, indicando al pueblo concluir el canto de la comunión; y entrega el Cáliz al diácono, quien lo eleva exclamando:

Diácono: Con temor de Dios, fe y amor, acercaos.

Pueblo: ¡Dios, el Señor, se nos ha manifestado! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

El sacerdote recibe del diácono el Cáliz para dar la comunión a los fieles, mientras el diácono se para a su lado izquierdo para ayudarlo. El sacerdote dice a cada uno: «¡Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo!»; y concluyendo dice: «Para la remisión de sus pecados y para la vida eterna.»

Mientras el sacerdote da la comunión, el pueblo canta este himno propio:

Pueblo: Oh Hijo de Dios, admítame hoy como participante de tu Cena mística, pues no diré tu misterio a tus enemigos

ni te daré un beso como Judas, sino que, como el ladrón, te confieso: «Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino.»

Al terminar, el sacerdote bendice al pueblo con su diestra, exclamando:

Sacerdote: Salva, oh Dios, a tu pueblo y bendice tu heredad.

Pueblo: Vimos la Luz verdadera, recibimos el Espíritu celestial, encontramos la fe justa: adoremos a la indivisible Trinidad, porque Ella nos salvó.

El sacerdote y el diácono retornan hacia el Altar. El diácono vierte en el santo Cáliz las partículas de la conmemoración que están en la santa Patena diciendo:

Diácono: Lava, oh Señor, con tu preciosa Sangre, los pecados de tus siervos que han sido conmemorados aquí, por la intercesión de la Madre de Dios y de todos los Santos.

Y cubre el santo Cáliz con el Cálima, y pone los Velos, la Lanza y el Asterisco sobre la Patena, mientras el sacerdote inciensa los santos Donec tres veces. El diácono le dice:

Diácono: Alza, reverendo padre.

Sacerdote: ¡Álzate, oh Dios, sobre los cielos; sobre toda la tierra, tu gloria!

El sacerdote entrega al diácono la santa Patena; él la levanta al nivel de su frente con ambas manos y la lleva hasta la mesa de la oblación. El sacerdote toma el Cáliz cubierto y, elevándolo, se dirige hacia el pueblo diciendo:

Sacerdote: Perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El sacerdote lleva el santo Cáliz y lo coloca sobre la mesa de la oblación; luego, retorna hacia el Altar. Mientras, el diácono sale por la Puerta Norte, y se para ante las Puertas santas para decir la Letanía:

Oración de Acción de Gracias

Diácono: ¡Levantémonos! Habiendo participado de los divinos, santos, inmaculados, inmortales, celestiales,

vivificadores y temibles Misterios de Cristo, demos dignas gracias al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Habiendo pedido que todo el día sea perfecto, santo, pacífico y sin pecado, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

El diácono entra al Santuario por la Puerta Sur.

Mientras, el sacerdote dobla el Antimensio; luego dice la siguiente oración:

Sacerdote: Te damos gracias, Señor Dios nuestro, por la participación de tus santos, inmaculados, inmortales y celestiales Misterios, que nos has dado para beneficio, santificación y curación de nuestras almas y

cuerpos. Tú mismo, Señor de todo, haz que la comunión del santísimo Cuerpo y Sangre de tu Cristo se nos convierta en fe sin tropiezo, en amor sin hipocresía, aumento de sabiduría, curación del alma y del cuerpo, rechazo de todo adversario, en un vivir conforme a tus mandamientos y respuesta favorable ante el temible tribunal de tu Cristo.

(Exclamación): Porque Tú eres nuestra santificación, y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Mientras el sacerdote está diciendo la exclamación, toma el santo Evangelio, lo levanta y con él hace la señal de la cruz sobre el Antimensio; luego lo besa y lo coloca en su lugar.

Pueblo: Amén.

El sacerdote se dirige hacia el pueblo diciendo:

Sacerdote: Salgamos en paz.

Pueblo: En el nombre del Señor.

Diácono: Roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Oración del Ambón

El sacerdote sale por las Puertas Santas, y se para ante el icono del Señor; y dice la siguiente oración:

Sacerdote: Oh Tú que has recibido este Sacrificio espiritual e incruento de quienes te invocamos con todo corazón, como Sacrificio de Paz y culto agradable, oh Cristo nuestro Dios, Hijo de Dios que quita el pecado del mundo, Cordero sin mancha que no ha aceptado el yugo del pecado y fue sacrificado voluntariamente por nosotros; Quien es fraccionado y no dividido, siempre es comido y jamás consumido, mas santifica a los que de Él participan; Quien en memoria de su Pasión voluntaria y de su vivificadora Resurrección al tercer día, nos ha mostrado partícipes de sus inefables y celestiales y temibles Misterios, su santísimo Cuerpo y su preciosa Sangre:

guárdanos, a tus siervos y ministros, a los gobernantes, al ejército y a todo el pueblo aquí presente, en tu santificación; y concédenos en todo tiempo contemplar tu justicia, para que, habiéndonos conducido hacia tu Voluntad, y obrado lo que es de tu agrado, seamos dignos de estar a tu diestra cuando vengas a juzgar a los vivos y a los muertos. Rescata a nuestros hermanos que están en el cautiverio; asiste a los que reposan en la enfermedad; guía a quienes están en los peligros del mar; y da reposo a las almas de quienes han dormido con la esperanza de la vida eterna, donde resplandece la luz de tu Rostro; y responde a todos quienes piden tu auxilio.

porque Tú eres el Dador de todo bien y a Ti rendimos gloria junto con tu Padre, que es sin principio, y tu Santísimo Espíritu, bueno y vivificador, ahora y

siempre y por los siglos de los siglos.
Amén.

Pueblo: Amén.

Bendito sea el Nombre del Señor desde
ahora y para siempre. *(3 veces)*

*Entre tanto, el sacerdote se dirige a la mesa de la
oblación y dice la siguiente oración:*

Sacerdote: Se ha cumplido y consumado,
según nuestra fuerza, el Misterio de tu
Providencia, oh Cristo nuestro Dios: hemos
celebrado el recuerdo de tu Muerte, hemos
visto la imagen de tu Resurrección, nos
hemos colmado de tu Vida infinita y hemos
gozado de tu dicha inagotable. Complácete
en que seamos dignos de ella también en el
Siglo venidero, por la Gracia de tu Padre,
que es sin principio, y de tu Santo Espíritu,
bueno y vivificador, ahora y siempre, y por
los siglos de los siglos. Amén.

Diácono: Roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

*El sacerdote, desde las Puertas Santas, bendice al pueblo
diciendo:*

Sacerdote: La bendición del Señor y su
misericordia descendan sobre vosotros,
por su divina Gracia y su amor a la
humanidad perpetuamente: ahora y
siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Oración de la conclusión

Sacerdote: El que ha resucitado de entre los
muertos *(o la frase correspondiente a la fiesta,
cuando es el caso)*, Cristo nuestro verdadero
Dios, por la intercesión de su purísima e
inmaculada Madre; por el poder de la
preciosa y vivificadora Cruz; la
protección de las celestiales potestades
incorpóreas; las súplicas del venerable y
glorioso profeta y Precursor Juan el
Bautista; de los santos gloriosos y
alabadísimos apóstoles; de los gloriosos y
victoriosos Mártires; de nuestros justos y
teóforos Padres; de nuestro padre entre

los santos Basilio Magno, arzobispo de Cesrea, cuya Liturgia hemos celebrado; de los santos y justos Abuelos del Señor, Joaquín y Ana; de san (.....), titular de este santo templo; de san (.....) cuya memoria celebramos hoy; y de todos los santos: tenga misericordia de nosotros y nos salve, pues Él es Dios bondadoso y amante de la humanidad.

Y concluye con la siguiente exclamación:

Sacerdote: Por las oraciones de nuestros santos padres, oh Señor Jesucristo, Dios nuestro: ten piedad de nosotros y sálvanos.

Pueblo: Amén.

El diácono se dirige hacia la mesa de la oblación y consume lo que sobró en el Cáliz; luego, se quita el ornamento.

El sacerdote distribuye el pan bendito a los fieles, desde las Puertas Santas, diciendo a cada uno: «La bendición del Señor y su misericordia desciendan sobre ti.» Durante la distribución del pan, se lee la oración de dar Gracias, Pág. 126.

Al terminar, todos damos gracias a Dios, y salimos alabando su Nombre.

